





# HISTORIA DE UN VALS

POR OFFEMBACH

AL SR. D. ENRIQUE G. SCHOLTS

.....Y no te creas, lector querido, que me hallaba en el caso de aquel á quien se le habia perdido una nota. Nada menos que eso.

A mí no se me importaba un bledo, ni me han importado nunca lo mas mínimo todos los *fa* sostenidos existentes y por existir. Pues qué, no sé que en variando de tono...? Por otro lado, mi deseo no era el de buscar una de esas melodias que el primer chico de la partida de la tizne nos endilga tarareando ó silvando, como aquella tan conocida de

Los Ministros pensando  
en el bien del pais,  
en el bien del pais... etc.

No, amabilísimo lector; mi pensamiento iba mas allá, y era un vals dulce, latente, el que me tenia preocupado: un vals que cuando yo era niño oia tararear á mi madre, y á su música me arrullaba cariñosamente para que me durmiese; pero es el caso que jamás he sabido del tal vals mas que los ocho primeros compases, y quien sabe si aquel ser tan querido no sabria mas que lo que yo recordaba desde mi niñez.

Estos ocho compases me perseguian de muerte, como persigue un acreedor decidido á cobrar, como me perseguiría uno que quisiese robarme todos los recuerdos de mi infancia, y su ritmo se imponia á mi cerebro con tanta mas autoridad cuanto que mi corazón se habia abierto al mundo, bajo la impresion de aquella melodía.

¿No es cierto que cada nota debia encerrar un recuerdo de ternura?

Estos ocho compases significaban para mí todo un mundo de ideas, y cuando atravesaban mi imaginacion evocaban en mí ser los recuerdos de mis primeros años. Veia la casa paterna; oia la tierna voz de mi madre, y me rodeaban todos mis deudos y amigos, á quienes tanto queria y tanta falta me hacian.

Solo, abandonado, precisado á ganar mi vida tocando el violoncelo en el teatro de la Opera Cómica de Paris, en esa temprana edad en que los jóvenes van al Instituto, en busca de la ciencia, caminaba tranquilo hácia el porvenir, pero echaba de menos el pasado.

La soledad me amargaba la vida, y el recuerdo de aquel vals, que tal vez no tendria nada de particular, habia concluido por tomar para mí proporciones extrañas. No era un vals, era un recuerdo, era una plegaria lo que yo tarareaba en medio de mi abandono, y si no subia al cielo su cadencia, al menos me recordaba á mi madre, y creia que los míos me oian, cuando cruzaban por mi mente aquellos ocho compases, y hasta que me respondian tambien.

¡Cuánto hubiera dado por saber aquel vals por entero! Algunas veces lo habia continuado á mi manera, y si lo hubiese publicado, hubiera podido engañar al mundo, pero á mí mismo no era posible engañarme. Mi *fantasia* sobre el motivo de aquellos ocho compases me parecia encantadora, pero no me hablaba al alma, no despertaba en mí sino recuerdos míos, y solo aquellos compases eran los únicos que me recordaban á mi madre, y las dulces alegrías de mi perdida infancia.

El tiempo, que todo lo borra, no habia borrado, sin embargo, de mi imaginacion aquel vals, que parecia imprimirse cada vez mas en mi memoria.

Cuando nos acercamos á la vejez no hay termino medio; ó recuerda uno con lucidez admirable los mas pequeños accidentes de la vida pasada, ó se olvidan completamente todos sus detalles. Para mí los recuerdos persisten, y me alegro en el alma, ¿porque hay nada que sea mas agradable que el recordar aquellos dias de fatigas, en la época halagadora del presente, ó consolar las decepciones de ahora con los dulces recuerdos del pasado? ¡Sueños adorados, que algunas veces nos traen grandes tristezas!

Un día que me perseguian mas que de costumbre los ocho compases del vals, no pude contenerme y me fui en busca de él á mi casa, donde mi padre y mis deudos me recibieron con cariño, colmándome de halagos, que me causaron cierto remordimiento, porque si bien ellos creian que mi visita era debida al amor de la familia, yo sentia que habia ido allí dominado por un sentimiento egoista, y no atreviéndome á desilusionarlos no quise hablarles del vals. Me parecia que si les preguntaba por él, si ponía sobre el tapete la cuestion de *mi* melodía, les hubiera herido en el alma, causándoles un daño de lesa caridad. Los que saben amar comprenderán lo que digo.

Una tarde, mi padre que le gustaba oirme, me dijo que le tocara en el violoncelo algunas de mis composiciones.

Mi padre era un juez sábio y severo y al tocar delante de él sentia siempre cierta emocion. Esta vez no fué así; me dominaba el deseo de conocer la conclusion del vals, ya que la ocasion se me presentaba, y sin preludios, sin el mas ligero ensayo para acostumbrar los dedos, toqué los famosos ocho compases de aquella música que perseguia mi imaginacion.

—Ola! dijo mi padre, aun te acuerdas del vals de Zimmer?

—Zimmer! exclamé. ¡Un vals de Zimmer! ¿Y quién es Zimmer?

—Un maestro que en su tiempo tuvo cierta fama. Habia empezado muy bien y se hacia muy popular, pero de pronto desapareció y no se ha vuelto á oír hablar de él.

—¿Y sabe V. la conclusion de este vals?

—No.

—Como! ¿á pesar de la prodigiosa memoria que tiene V. lo ha olvidado?

—No he podido olvidarlo, dijo mi padre, porque jamas lo he sabido. La buena de tu madre tarareaba este vals para dormirte, y creo que tan poco ella supo mas que lo que tú sabes.

Al día siguiente recorrí los almacenes de música, pidiendo en todos el vals de Zimmer, y como no sabia el nombre tarareaba los primeros compases, diciendo:

—Así empieza

Me miraban sonriendo, y me decian.

—No lo conocemos.

Volví á Paris desanimado. Durante mis viajes y por muchos años no entraba en casa de un editor de música á quien no hiciera la misma pregunta, contestándome todos de un modo idéntico.

Renuncié á conocer la conclusion de tal vals, contentándome para los dias buenos, como para los dias malos con los ocho compases que siempre volvian á mi memoria.

Una mañana en Bruselas arreglaba mis cuentas con el editor Brandus, que me dijo no sé por qué causa.

—Acabo de oír á un pobre diablo, que tiene talento.



—¿Va usted á ser su editor?  
 —Tal vez; pero no estoy decidido, porque es viejo y su nombre no es conocido del público.  
 —Si lo que compone es bueno, el público le dará pronto fama.  
 —El pretende haberla tenido en su tiempo.  
 —Se llama?  
 —Zimmer.  
 —Zimmer! Zimmer! Dónde vive? Pronto, dígamelo V.  
 —Lo ignoro, pero mañana debe venir á traerme una composicion suya.

—Amigo mio, hágame V. un favor, un gran favor. Sea V. su editor; páguele V. su música por mi cuenta, diez veces, veinte veces mas de lo que valga, y envíelo V. á mi casa; quiero verlo cueste lo que cueste.

Brandus me lo prometió, y yo esperé con impaciencia; pero Zimmer no vino.

En 1871 estaba yo en Viena, donde me llamaron para poner en escena mi ópera *Les Brigands*. En Viena tengo muchos amigos, y cada cual se empeñó en acompañarme, así fué que de mas buena ó mas mala gana, tuve que ir con ellos á las diversiones de esta ciudad, que puede llamarse la ciudad de las diversiones.

Volvíamos de la *Die neue Welt*, uno de los establecimientos mas curiosos del mundo, cuando nuestros carruajes se detuvieron á la puerta de un salon de baile, de gentes de baja esfera, en donde se reunían los marineros, los trabajadores y soldados. Había allí un bullicio espantoso: juzgamos que sería una pelea entre borrachos, ó alguna cuestion amorosa, porque un hombre yacía en el suelo.

El doctor Falkner, amigo mio y que venía con nosotros, saltó del carruaje y se informó de lo que sucedía.

—Es, le respondieron, que el portero del baile ha muerto de repente.

Se acercó el doctor, le tomó el pulso, y dijo:

—No está muerto, pero está en las últimas y se muere de hambre!

Todos rodearon al enfermo, se le dió un poco de vino, y se hizo una colecta, á la que contribuimos todos. Falkner prometió venir al dia siguiente por caridad, y pidió las señas del domicilio de aquel pobre diablo.

Una muger sacó de su bolsillo una tarjeta, y el doctor leyó á la luz del farol del carruaje,

## RODOLFO ZIMMER

PROFESOR DE MÚSICA

Sternengasse, 268.

—Zimmer! exclamé, lo conozco; que lo traigan al carruaje; yo me encargo de él.

Llegamos á la casa indicada, al cuarto de Zimmer. Era en el quinto piso; nos abrieron la puerta, y nuestro corazón se oprimió al ver donde vivía aquel desgraciado. Entre cuatro paredes ennegrecidas, había un monton de paja para dormir, una pileta y un pedazo de jabon y... nada mas. Por fortuna, aquella era una casa de huéspedes, y las habitaciones del primer piso eran aceptables. El pobre Zimmer fué instalado en el mejor, y el doctor me prometió que lo atendería con el mayor cuidado.

Ocho dias despues un criado de la fonda me anunció la visita de Rodolfo Zimmer.

¡Al fin iba á saber como concluía el vals!

Levanté los ojos y apercibí un anciano, cuya apostura era distinguida. La desgracia había maltratado con sus terribles garras aquel rostro, surcado de arrugas: su mirada era dulce y sosegada. Largos cabellos, canos, casi blancos, caían sobre una levita negra, usada hasta la trama, pero limpia en extremo; el conjunto de su persona era simpático.

—Vengo, dijo, á darle á V. las gracias por las muchas atenciones y favores que le he merecido.

—No hay de qué, le respondí; lo que yo he hecho lo hubiera hecho por V. cualquiera otro amigo.

—Yo no tengo amigos. Ni siquiera he de vivir bastante tiempo para decirle á V. que le probaré mi agradecimiento; por eso me limito á decirle á V. ¡gracias!

—No hay de qué, le respondí otra vez secamente.

—¿Y por qué no he de decirlo? Mi amor propio se había picado; aquel ¡gracias! á secas era poco para lo que yo había hecho.

—¿Sabe V. quien soy? le dije.

—Sí, señor; Offembach.

—Pues entre compañeros, hoy por ti, mañana por mí.

—¡Compañeros! dijo Zimmer con amargura, eso lo dice V. por compasion. Yo soy un profesor sin lecciones; es decir ¡nada!

—Perdone V., le dije, V. ha tenido su época. V. tiene talento.

—Muchas gracias por su cortesía.

—No es cortesía, es la verdad.

—Tal vez haya V. oído decirlo y me lo repite para disminuir el peso de la limosna que me ha hecho, pero V. no me conoce ni puede conocerme.

—Está V. engañado y voy á probarle lo contrario.

Me acerqué al piano y lentamente toqué los ocho compases del vals que sabía desde niño.

A las primeras notas el anciano se había conmovido. De la admiracion pasó á la alegría: su sentimiento artístico se había despertado, y un rayo de dicha se filtraba á través de las lágrimas que corrían por sus mejillas. Yo no podía seguir; la emoción del artista se me había comunicado: me levanté! Zimmer me estrechó las manos con efusion.

—Ah! mi querido maestro, que Dios os lo pague. Mucho ha hecho V. por mí, salvándome de la muerte; de muerte de hambre! pero esto no es nada en comparacion de lo que me hace experimentar en este instante, pues me vuelve V. el valor de vivir. ¡Dios mio! existe una persona en este mundo que sabe quien soy, y esa persona es Offembach. Como expresar á V. mi alegría, que hoy es tan grande como inesperada.

—Muy facilmente, le dije, acabando de tocar ese vals.

—Acabándolo?

—Sí; ese será el mejor favor, el premio mas completo que pueda V. darme, y cuando le diga el por qué comprenderá que no estamos en paz y que al contrario seré yo su deudor.

Zimmer se sentó al piano; tocó los ocho compases que yo había tocado, y se detuvo. Yo estaba suspendido de sus dedos... Parecía como que buscaba... su fisonomía expresaba la admiracion y el dolor, y de repente, pasándose la mano por la frente, exclamó con terror:

—No puedo acordarme! No me acuerdo! Dios mio! me vuelvo loco... ¿será la emoción? será porque está V. delante? Y, sin embargo, esta misma mañana lo recordaba. — Porque ha de saber V. que este vals es mi historia... la historia de mi vida. Una historia muy triste. Pero ahora recuerdo, lo tengo escrito en casa; voy á buscarlo y lo traeré.

—Eso es, tráigalo V., ó lo que es mejor, véngase V. mañana almorzaremos juntos, y me contará su historia.

Un telégrama que recibí aquella tarde me hizo salir de seguida para Paris.

Al mes siguiente volví á Viena. Mi primer cuidado fué preguntar por Zimmer. El doctor Falkner me dijo:

—Ha muerto! pero me ha dejado un paquete cerrado para V.

Abri el paquete con cierta emoción y contenía: el vals, un anillo adornado con un zafiro y un sobre cerrado y ama-



# EN LA PLAZA



# UN ARAÑAZO





## EN EL LICEO



UNA COGIDA



rillento por la fuerza del tiempo.—Además un papel escrito con mano temblorosa.

Lo leí: decía lo siguiente:

«Maestro, la única felicidad que he gozado en cuarenta años, se la debo á V.; permítame que le legue las tres cosas que han podido recordarme mi vida pasada. He prometido contarle mi historia; oigala V.

Tenia veinte y cinco años y desde hacia tres éramos novios. La adoraba con toda mi alma, y trabajaba día y noche, deseando hacerme célebre para que ella fuese dichosa y tuviese orgullo de ser mía ¡Yo lo estaba tanto de que me quisiese! ¡Era tan hermosa!

Todavía viven muchos que la han conocido, y si les preguntasen, afirmarían que no hubo en la tierra beldad mas perfecta.

Un día me dijo su madre:

—Va á cumplir veinte años; podeis casaros.

Di un abrazo á la buena señora, que se sonrió sin decir mas; pero parecía tan dichosa y yo estaba tan conmovido que no podía hablar.

Partí para Praga, donde vivía mi padre, y cuando lo trage algunos días despues con los papeles listos para mi casamiento, y lleno de alegría iba á llamar á la puerta, me dijo una vecina:

—No llame V. Ha muerto!...

Y era verdad! Había muerto! Entré; la madre lloraba sola.

Hay jóvenes que mueren destruidas por la tisis, y que se las ve morir; en seis meses se las quiere tanto como en toda una vida; pero ella había muerto ¡de nada! en un instante... sin saber como. Dios se había acordado de un ángel y se lo había llevado en su compañía.

Mi padre, que lloraba, me sacó de la casa diciéndome:

—Valor!

Pero era porque no la conocía.

Desde entonces he vivido sin fuerzas y sin valor! Abismado en el dolor y en el olvido.

En ese sobre están sus cabellos. Al sentirme morir quise quemarlos, pero me detuvo esta reflexion; si no muriese me arrepentiría de no poder besarlos una vez mas! Un amigo los quemará por mí; V. es mi amigo; queme V. el sobre sin abrirlo. El anillo es el que le regalé como promesa de casamiento: me costó ochocientos reales. ¡Cuántas veces lo he contemplado, muriéndome de hambre! Al dejárselo le ruego que nunca lo venda.

Gracias, maestro, gracias. Que Dios dé salud á los que V. ama».

ZIMMER.

Quemé el sobre sin registrarlo. El anillo no se venderá. El vals se lo regalamos á nuestros lectores.

*Por la copia,*

UN CONTRABAJO.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA TRINIDAD GRUND DE MEREDIA

Salve, ilustre muger, egregia dama;  
mi acento conmovido  
por el alto respeto que mereces,  
medroso acude á molestar tu oído.

Cantar quiero, aun memorias renovando  
funestas á tu amor de esposa y madre,  
cantos, que á tu virtud son molde estrecho,

y distraer cantando  
las tristes penas de tu noble pecho.

Qué fué de la belleza y la fortuna  
darte copiosos dones,  
ni tanta gentileza ponderada?

Ah! mas valiera que la Parca airada  
en la inocente edad, una por una  
segado hubiera las preciadas hojas  
y bebido la esencia  
de la cándida flor de tu existencia.

No, así, mirarás del amante esposo  
que eligiera tu amor, el cuerpo frío,  
ni sufrieras el tártago espantoso  
de que el piélago undoso  
mientras corria la callada noche,  
escondiera en sus húmedas montañas  
los tiernos hijos fruto á tus entrañas.

Acerba pena, sufrimiento horrible  
cuyo recuerdo el ánimo contrista!  
¡Cual tu anhelosa vista  
moviendo el pecho en vibración terrible,  
vería el hondo abismo  
dó las olas al naufrago sepultan  
y losa perennal, luego se juntan!  
La luna, que rielando  
los ténues rayos en el mar los baña,  
tu duelo contemplando,  
se estremeció en su trono de celage,  
y entre velos de encage  
cubrió la faz y se alejó llorando!

Mas, no; tu vida, al infeliz preciosa,  
no quiso arrebatarse el Poderoso  
que los planetas rige  
y el rumbo de los átomos dirige,  
preparando tu alma candorosa  
para aquel alto fin que la destina  
Por eso El que te inclina  
en rumbos de virtud, tu ser inflama  
con la ardorosa llama  
de santa caridad, y el fragil vaso  
que tu esencia inmortal modesto encierra  
dar no quiso á la tierra.

Qué sería del huérfano indigente,  
del anciano achacoso  
y la tierna doncella abandonada,  
si el pecho generoso  
que mueve tu virtud acrisolada,  
no les diera benéfica morada?  
Tu celoso cuidado  
les lleva el deseado  
abundoso alimento, y les instruye;  
y ellos en tí su pensamiento fijo,  
lentos de regocijo  
solo en tí ven su verdadera madre.

Oh! tu, solo capaz de empresas santas!  
Permite que á tus plantas,  
insigne Trinidad, á tu alto ejemplo,  
fiel consagrandome pobres mis ideas,  
pretenda levantar durable templo.  
Salve, ilustre muger! Bendita seas!

REMO.

Junio 1878.



## LO QUE ES PARIS

No todos saben lo que es Paris; ni aun los que han estado en la gran ciudad, mientras no hayan hecho de ella un estudio serio y detenido.

Paris no es lo que parece: hay allí demasiado oro-pel que deslumbra la vista para que pueda verse el cieno.

Paris, por lo mismo que es una sociedad cosmopolita, que pertenece al mundo entero, encierra en su seno una clase social que no es la aristocracia, ni la *bourgeoisie*, ni el cuarto estado, aun cuando de todo tiene un poco; es la sociedad de los *desœuvrés*, de los desocupados, de los que no hacen nada, de los que viven sobre el país, arrastrando coche y cenando en el *Café Inglés*, durante un espacio de tiempo, mas ó menos prolongado, y desapareciendo al fin, sin que nadie se preocupe de lo que haya sido de ellos.

Ruso, polaco, americano, qué importa? Trae dinero? lo gasta alegremente?—Sea bienvenido. Es un príncipe ó un plebeyo? Es un aristócrata ó un cursi?—Eso es lo de menos; derroche á manos llenas el dinero, bien ó mal adquirido, y cierta sociedad le abrirá sus puertas y brillará como astro luminoso mientras le dure el metal. Despues... despues ahí tiene el Sena ó los corpulentos árboles del Bois de Boulogne.

Hé aquí una prueba evidente de lo que es la sociedad parisiense á que me vengo refiriendo.

En las fiestas de la última semana se ha hablado mucho de la comida y baile ofrecidos por un opulento extranjero llegado hace pocas semanas, y que despliega un fausto algo mas que oriental. En la comida, cada dama invitada halló bajo su servilleta una joya de precio, y en el baile cada convidada recibió un precioso ramo atado con una tira de punto de Inglaterra.

Este espléndido anfitrión es un individuo de maneras toscas y aspecto vulgarísimo, no conoce á nadie en Paris; no tiene referencias ni recomendacion alguna, salvo las de su banquero, y sin embargo, sus salones están abarrotados de gente conocida. Hay toda una clase de personas en esta metrópoli que va á todas partes donde le ofrecen grátiis un plato de trufas rociado con Champagne *frappé*. Son parásitos de profesion que, despues de devorar al anfitrión, lo desuellan de sobremesa.

Por ellos se ha sabido que este nabab, mal cepillado, es el último superviviente de una sociedad de cinco mozos de cervecería que salieron hace quince años de Escocia para los Estados-Unidos en busca del vellocino de oro, y lo encontraron. Segun el contrato social, el caudal de cada sócio muerto quedaba á beneficio de los vivos. Todos fallecieron, y el que hoy se pavonea en Paris y es el hazme reir de sus convidados, ha heredado sucesivamente á sus cuatro colegas y realizado una fortuna de millon y medio de pesos.

Es esto decir que Paris sea malo?—No por cierto, y de tal aberracion espero que me libren los dioses inmortales. Yo quiero bien á Paris, tanto que este año como los anteriores he de visitarlo, y animo á

mis lectores á que hagan otro tanto, pues en medio de sus aberraciones y de sus defectos, se pasa muy bien en la ciudad de Enrique IV, y sabiendo distinguir de colores, se puede estar allí una temporada muy á gusto.

Paris no es lo que pinta el soñador iluso, ni lo que nos describe el moralista rancio y trasnochado. Paris... es Mabilie.

RALPH.

## MEZCOLANZA

En un colegio:

Examinador.—Vamos, Pepito, dígame V., cuantas son las potencias del alma?

Pepito.—Cuatro.

Examinador.—Cuatro nada menos! Y puede V. decirme cuales son?

Pepito.—Memoria, voluntad, entendimiento y hacerse cargo.

—  
Dos besos hay en mi vida  
que no se apartan de mi;  
el último de mi madre,  
y el primero que te dí.

—  
Estrañándose Enrique IV de ver un labriego con la cabeza cana y la barba negra, éste le dijo:

—Señor, es muy natural, pues mis cabellos son veinte años más viejos que mi barba.

—  
Pasa la vida venciendo  
Las dichas que vas hallando...  
Preciso es vivir llorando  
Para morir sonriendo.

## PASATIEMPO

### LOGOGRIFO.

Solo de nueve letras se compone  
Este sencillo logogrifo mio,  
que acertarás en breve, yo lo fio,  
si el combinarlo bien te lo propones.  
Un objeto hallarás que blanco pone  
El muro del humilde caserío;  
Lo que harás en el mar por el estío;  
Un animal de grandes dimensiones;  
El nombre de una goma colorada;  
Ocupacion del sexo femenino;  
La nota musical que mas me agrada;  
Otro animal pequeño y nada fino.  
Bella ciudad el *Todo* es de la España,  
y si la descifraste no me estraña.

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

MASCARON.



## UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL FRANCÉS

POR MIMO

DEDICADA Á LA SRA. VIUDA DE M.\*\*\*

(Continuacion)

—Muy triste sería para mí, respondió la señora, que una broma sin importancia se cambiase en una dura lección, que me obligara á ser mas prudente en lo sucesivo...

—Y lo sería ciertamente, interrumpió el jóven, si yo no le asegurase por mi honor que nada tiene V. que temer, y que para mí es únicamente para quien puedé resultar un sentimiento, si el placer que he tenido al conocerla, concluyese, porque no se han llenado las vanas formalidades de una presentación.

La señora quedó un momento en duda, pero al fin dijo sonriendo:

—Pues bien, visíteme V.

Y sacándola de su cartera, le entregó una tarjeta donde estaba escrito «La Marquesa de...»

Y la sultana al ver colorear los albores de la aurora, dejó para la noche siguiente la historia de «La Dama morena y del paseante en córte.»

Ya lo ves, Elena; lo mismo en Madrid que en Málaga, en la Puerta del Sol ó en las alturas del Calvario, todo es igual. Para tener aventuras no hay mas que estar dispuesto á tenerlas y se puede llegar á ellas por resolución á propósito y por despecho, por ejemplo, cuando se cree que la muger á quien se quiere es coqueta y se desea castigar su coquetería.

Dime si te gusta este cuento y si debo seguir su narración, me alegraría saber lo que opinas de los actores. No pienses mal de mi heroína, porque es guapísima.

Respondo ahora á la última palabra de tu carta, diciéndote que no he puesto mal gesto ni fruncido las cejas, y ya que me dices que me quieres, no te diré que no, pero en cuanto á las pruebas que me ofreces, tengo tanta curiosidad de saber cuáles sean, como deseo saber el fin de tu cuento.

Te repito mi cariño, y es tuyo

Eduardo.

### VI

Málaga 14 Mayo

Mi querido Eduardo: ¡Magnífico! ¡Magnífico! Cuento por cuento, aventura por aventura; y es lo cierto que la tuya no le vá en zaga á la mía.

Bien se deja conocer que una dama que con tal facilidad admite las bromas de un desconocido, no se parará mucho en lo demás, y yo sé de antemano que los hombres suelen dar preferencia á esta clase de señoras.

No me has dicho si es tan bonita como su comportamiento. Séalo ó nó, espero el desenlace de la

aventura para decirte mi modo de juzgarla; mientras tanto voy á proseguir la

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LA DAMA

VESTIDA DE NEGRO Y DEL GALAN DESCONOCIDO.

Dejamos al desconocido en el momento en que iba á explicar á la dama la causa de su pena, y apoyándose contra uno de los muros de la capilla, empezó así:

—Ante todo debo manifestarle que soy amigo de la verdad y enemigo de la ficción y del engaño, por consecuencia. Yo creo que el amor no brota á la primera vista, pero si dos personas se conocen apenas, sin tratarse, y de aquí nacen unas relaciones amorosas, juzgo que nace igualmente el deber de manifestar la verdad el día que, conociéndose mas por el trato, se comprende que las simpatías no corresponden al ideal que se había formado.

Enamorado de una jóven que me correspondía, he vivido engañado durante algunos años, y cuando me parecía que iba á llegar al colmo de la felicidad, ofreciéndola compartir conmigo los goces de esta vida, he sabido que la ingrata correspondía al mismo tiempo á otro hombre.

Ante tan inesperado desenlace, aunque la infiel ha tratado de demostrarme que todo era ilusión mía y que estaba engañado, como tenía la prueba de su proceder, no he podido aceptar sus excusas, y hemos terminado.

Semejante desenlace me ha llenado de pena y desanimación. El corazón no se repone con facilidad de una herida causada por la ingratitud, y este mal despierta cierto rencor en mi pecho contra las demás, aun cuando comprendo que eso es injusto.

Por esto comprenderá V. que tengo motivos bastantes para mirar con pena las intrigas de este mundo, tanto mas si las contemplo desde el Calvario.

—Convengo, dijo la dama, que tiene V. razón y le concedo una de las esquinas del edificio, pero no por eso dejo de reservarme la otra para mí.

—Para creerlo, dijo él, es preciso saber la causa. Yo no creo que pueda V. tener motivo para sufrir, y antes al contrario si V. sufre, es porque exagera su mal.

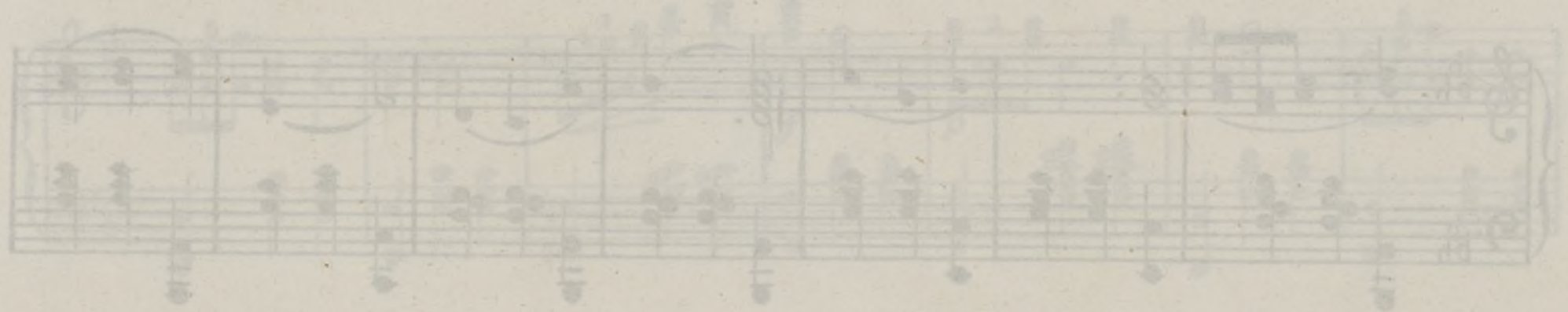
—Veo que no tengo otro medio para convencerlo que el hacerle á mi vez una confesión, y aunque con temor, voy á hacérsela.

Mi imaginación de veinte años, siguió diciendo la dama, un tanto exagerada, me hacía contemplar la vida bajo un punto de vista lisongero, y mi fortuna me permitía el fijarme bien para el porvenir. Caséme con un hombre de quien esperaba que correspondiese á mis ideas y á mis ilusiones, pues mi esposo llenaba todas mis aspiraciones y es tan bueno como podría desearse; pero siendo tan bueno no alcanza á comprender hasta lo último toda la delicadeza, toda la poesía que encierra el corazón de la muger.

(Continuará.)



VALS DE ZIMMER





UN PUÑADO DE CARTAS

NOVELA IMITADA DEL ÉRA VALS DE ZIMMER

Valse lente. très modéré.

PIANO.

The musical score is written for piano in B-flat major and 3/4 time. It consists of four systems of staves. The first system begins with a piano (p) dynamic. The second system continues the melody and accompaniment. The third system features a forte (f) dynamic marking. The fourth system concludes with a ritardando (rit.) marking. The score is a waltz, characterized by its 3/4 time signature and the 'Valse' tempo indication.



TRIO.

à la Coda.

*f* *p*

*f* *p* D.C.

CODA.

*rit*



VALS DE ZIMMER

